

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*
PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES
DE LA
EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES
*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas
Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Alaín	<i>Enrique Segura.</i>
La ví sobre el río	<i>Jesús Delgado.</i>
Trujillo Asuncionista: Santa María la Mayor...	<i>Marcelino González-Haba.</i>
«Flatus vocis»	<i>Eugenio Payo.</i>
Reportaje retrospectivo: El poeta es inmortal (Luis Chamizo)	<i>Santos Díaz Santillana.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Torres Naharro.</i>
El secreto (escenas infantiles)	<i>Eladía Montesino.</i>
De Geografía cacereña: Un pueblo: Santa Cruz de la Sierra	<i>Antonio Mena Ojea.</i>
Nueva marcha triunfal: (Los Reyes Magos)....	<i>Rafael González Castell.</i>
Sin ninguna importancia.....	<i>Mariano E. Cardenal.</i>
Galán de nubes y estrellas	<i>Manuel González Hoyos.</i>
Ilusiones... (Mensaje de Reyes a todos los niños de España).....	<i>Antonio Pino Vázquez.</i>
Tendedero y Amanecer.....	<i>José Canal.</i>
Unión Latina: Ayer, hoy y siempre.....	<i>Ricardo Becerro de Bengoa.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Notas breves: De dentro y de fuera.....	<i>José de la Peña.</i>
Noticia de Revistas	<i>C. R.</i>
Bibliografía	
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Javier y Bravo.</i>

ALCANTARA

AÑO VI

31 DICIEMBRE 1950

NÚM. 38

ALAIN

PROPÓSITO

A Luis Plasencia le agrada leer las obras de *André Maurois*. Guarda en su biblioteca un estudio sobre la biografía en general, no traducido al español (1). Este libro recoge una serie de conferencias, que dió el autor de «Disraeli» en *Trinity College, Cambridge*. El estilo del literato francés aparece siempre claro, sencillo, sin excesivas florituras; si acaso, espaciada, una imagen o metáfora brillante. «De desnuda que está brilla la estrella», dijo el poeta. La prosa de *Maurois* es apretada, seduce, atrae.

De pronto, en una página de sus «Memorias», nos sorprende un elogio apasionado de su maestro *Alaín*. ¿Quién es *Alaín*? Nadie responde. Luis Plasencia lleno de curiosidad, se somormuja en el río de la investigación y descubre un nombre *Alaín* (Emile Chartier. N.º 1868). Profesor de Instituto. Maestro espiritual de dos generaciones. Se caracteriza, ante todo, por el ejercicio sistemático del sentido común y de la lucidez. Estas fueron las primeras referencias: «*Propos*», «*Stendhal*» (1935), «*Histoire de mes pensées*» (1936), «*Avec Balzac*» (1937)...

Pasados unos meses Luis Plasencia pudo obtener, por un acto de voluntad—la voluntad es todo, dice *Alaín*—, «*Histoire de mes pensées*» (2). Un ejemplar de la doceava edición, no vertida al castellano. Más largas gestiones hubo de entablar hasta conseguir «*Alaín*» (3) de *André Maurois*, recién salido del horno. Por el precio del catálogo soñaba Plasencia con una obra densa, voluminosa, y, se halló ante el ejemplar núm. 471 «*sur velin blanc*» de LXXXVIII páginas. Como Luis Plasencia no es bibliófilo, sintió de momento una leve desazón calmándose, poco a poco, durante la primera lectura llena de interés.

En España editanse multitud de novelas inglesas y de los EE. UU.,

(1) «*Aspects de la Biographie*», por *André Maurois*. Huitième édition. A Paris. MCMXXVIII

(2) «*Les Essais*». «*Histoire de mes pensées*». N. R. S. Gallimard.

(3) «*Alaín*», por *André Maurois*. Collection «*Au Voilier*». Domat. Paris MCML.

mal traducidas. Llegan de Buenos Aires y de Méjico libros en español, cargados de americanismo. En cambio existen dificultades para conseguir obras extranjeras. Sería valiosa una estadística que diera a conocer el nivel actual de nuestra cultura.

La actitud filosófica de Alain no obedeció a un sistema, no creó una filosofía flamante, como el existencialismo. Dedicóse a repensar lo que otros hombres habían pensado ya. Jamás he creído por mi parte—decía—que fuese posible encontrar una filosofía nueva; y yo tenía suficiente con volver a encontrar lo que los mejores habían querido decir; esto mismo es inventar en el sentido más profundo, porque es continuar el pensamiento humano.

Para conocer toda su obra sería necesario escribir varios volúmenes. Aspira Luis Plasencia, en estas líneas, a escorzar unos apuntes breves entresacados del estudio de *Maurois* y de la «Historia de mis pensamientos» de *Alain*, con la única finalidad de dar algunas primicias a los buenos amigos a quienes gusta pensar. De un hermoso ramo, he escogido unas cuantas flores. Plasencia sólo ha puesto sus afanes de conocimiento y cierta pulcritud en la versión del original.

« P r o p o s »

«Proposición», es la parte del discurso en que se enuncia aquello de que se quiere persuadir. «Propósito», es la materia de que se trata. Los «Propos» cotidianos que señalan el nacimiento de *Alain*, como prosista no comenzaron hasta 1906, cuando ya tenía 38 años y hacía cuatro que abandonó *Rouen*. Eran unos ensayos breves. Para disciplinarse se había impuesto una medida: dos páginas de papel de cartas. «Nada pretencioso puede figurar en un artículo corto; se acaba sin sentir; se llega al rasgo último o bien no se llega. Si le falta el punto final, tanto peor, llegará al día siguiente. Veía el término y lo aceptaba, como el poeta que hace un soneto. Rara vez era preciso extenderse en el desarrollo, con frecuencia era necesario comprimirlo, y esto sin esperanzas de volver, porque el tiempo faltaba. Esta improvisación libre, sin retoques, ejercía una violencia en el estilo».

Dice *Maurois* que fueron con él muy numerosos en Normandía los que leían cada mañana en la «*Depeche*» de *Rouen* los «propos» de *Alain*, que recortaban y guardaban. A Luis Plasencia le recuerda esto aquel *Glosari* de Eugenio D'Ors en «*La Veu de Cataluña*» que él esperaba con impaciencia. En 1914 llegó la guerra a Francia. Después de ella, apareció el autor. Uno de sus amigos, Michel Arnaud, entregó a *Gallimard* una selección de los «Propos» de *Rouen*. Sus dos manuscritos «*Mars*» y el «*Système de Beaux Arts*» fueron ofrecidos al mismo editor y también aceptados. Más tarde continuó la publicación de sus «Propos» en la *Nouvelle Revue Française* en compañía mensualmente con *Thibaudet*, *Gide*, *Proust*. Más bien que estudios en forma, eran notas de lectura. El tono y el estilo de sus cuadernos de ejercicio se veían en sus «Propos» cotidianos. Los temas y motivos eran variadísimos. Sobre la tiranía y la Monarquía

y la República: asuntos de índole política. La religión en sus diversos aspectos, era otro de sus problemas preferidos. En estos «Propos» había análisis de las pasiones, o, mejor dicho, de las emociones a través del cuerpo humano». «Siempre después de una mirada al hombre desnudo y no teniendo más que a él pretendía renovar los análisis de la riqueza, del comercio, del trabajo, del salario, y cosas de este género». La cuestión de la Naturaleza estaba muy bien asegurada. «Era el telón de fondo de todos mis pensamientos».

Labor esta de *Alain* abrumadora, pues por miles pueden contarse todos sus «Propos» de doctrinas políticas, de economía, de literatura, de estética, de *Minerva* o de la sabiduría y de otras muchas materias sobre las que improvisaba y reflexionaba, al principio, a diario, y, después, con mayores intervalos. Las colecciones de «Propos» forman la parte más numerosa de toda su obra y revelan una gran inquietud intelectual. Demuestran, además, cómo los quehaceres diarios y pequeños, al parecer, representan un trabajo reunido que asombra por su gran extensión. En esta diversidad de temas, aunque no tan pulverizados, se parece también *Alain* a *Ortega* y *Gasset*, en los varios volúmenes de «*El Espectador*». *Alain* estaba sometido a los «Propos» que escribió durante tantos años y trataba sus ideas con paso suave; pero el cambio de público—de *Ruan* a *París*—(pues al terminar la guerra ya no escribía más que para un millar de lectores) lo llevaba a temer menos las dificultades, seguro de que el millar de fieles no le abandonaría. Así la enseñanza pasó a los «Propos» y los «Propos» a la enseñanza. Es lo mismo que la imaginación descubra el camino a las ideas o que las ideas vivifiquen y orienten la imaginación que, sin esta luz, está sujeta a tropezar con ella misma, como el asno con la sombra de sus orejas.

La doctrina de las emociones y de los sentimientos fué siempre, durante toda su vida, su tonel de *Diógenes*; lo hacía rodar delante de él y no avanzaba apenas.

Al tratar del estilo de los maestros de la literatura contemporánea, sobre la composición, *Alain* permanece en silencio. Esto es fácil de comprender, nos dirá *Maurois*. La composición es, dirá él, un orden impuesto desde arriba por un plan de la razón, que puede ser una necesidad industrial, como le sucede al arquitecto o al director de escena que contraría los efectos de la naturaleza, esencia del arte y de la poesía. Por tanto, el mismo *Alain* en el «Sistema de las Bellas Artes», en los «*dioses*», en las «*Ideas y las Edades*», se ha trazado un plano; pero más bien como el arquitecto de catedrales daba al escultor nichos o capiteles que decorar. En el interior de los capiteles, juega su fantasía, atenta solamente a llenar el espacio designado y obedeciendo a un desenvolvimiento interior. Así las grandes obras de *Alain*, sus colonias de «Propos». Es en el «Propos» donde está a su gusto, con la obligación de ser breve y de llegar naturalmente al punto final. Este punto de término, le gusta que sea una fórmula o un enigma. Se habrán observado, muchos rasgos voluntariamente oscuros y sorprendentes, como esas apariciones que no aparecen jamás, o esta vida interior que no puede ser más que

exterior «Tú no puedes pensar en la edad verdadera que tú tienes; este pensamiento, porque es verdadero, es desde luego falso». En esto *Alain* sigue siendo discípulo de *Lagneau*, pero también de Sócrates. Cuando le arrulla la canción de las palabras, el lector se duerme; el enigma le sacude. Y desde otro punto, el universo es una esfinge.

Estilística

El estudio del estilo en la literatura, es arduo. Rodríguez Lapa en su libro sobre la estilística de la lengua portuguesa, cita autores dedicados a esta labor: Amado Alonso, Breal, Spitzer, etc. De Carlos Bally «el sabio estilólogo suizo» autor de un tratado de estilística francesa «monumento a la nueva ciencia» hace un elogio hiperbólico. Nos seduce la estilística. La estilística, sin embargo, como ciencia está en mantillas, y, tiene un gran porvenir. Dámaso Alonso confirma tal juicio: «la estilística—dice—hoy por hoy no pasa de ser una ciencia en formación. Cuando llegue a estar constituida se confundirá con la Ciencia de la Literatura, pues sólo la Estilística podrá llenar el objeto de la Ciencia de la Literatura». La historia externa de la obra literaria apenas interesa: «es, la obra misma como Cosmo cerrado en sí, con sus leyes internas, lo que importa». Los estilos literarios son variadísimos; tantos como escritores. Pero todos emplean la misma herramienta: el lenguaje; en él ha de sintetizarse la unidad de conocimiento que constituirá la ciencia de la estilística.

Veamos de pasada el estudio que a este respecto hace *Maurois* de la obra de *Alain*. Más bien, *Maurois* se limita a recoger los juicios de *Alain* sobre estilística, y, esto es, sin duda, lo más interesante.

«¿Qué es el estilo?—responde *Alain*—El estilo es la poesía en la prosa; quiero decir una manera de expresar que el pensamiento no explica; diría también una manera física de expresar, como si fuese un gesto o un signo del sentimiento; así pues una manera inspirada, tan sólo explicable por un movimiento de la naturaleza y que por tanto da perfección a la idea... El estilo echa la frase por tierra. El estilo es también la negación de todo lo que recuerda las leyes de las frases, el equilibrio de la frase, la canción de la frase.

A *Maurois* le gustaba ver a *Alain* descortezando el estilo de *Balzac*. *Balzac* corregía hasta el fin sobre las pruebas y alcanzaba el estilo personal por retoques y superposiciones. *Sthendal* lo conseguía por indiferencia, dejando pasar maravillas de expresión. Pero siempre en la prosa quedan trazos de los tanteos, mientras que el verdadero poeta no deja rastro de cuanto deshecha. Y *Maurois* remite al lector a los comentarios de *Alain* sobre *Valery*. Se sabe que el filósofo cubría las márgenes de «*Charmes*» y de «*La Jeune Parc*» de una escritura firme y densa. Considerar estas páginas anotadas, es ver, en los bordes del poema, a un hombre que vive lo que lee. Dos nobles espíritus trabajando lado a lado, y un sistema de enigmas respondiendo a un sistema de enigmas».

Los que se indignan contra la poesía moderna, deben seguir leyendo estas reflexiones: ¿El comentario es fiel al texto? La cuestión no tiene sentido. La poesía de *Valery* no se propone comunicar nociones determinadas. El lector goza, en cuanto a las ideas, «de una libertad análoga a la que se reconoce al auditorio de música, aunque menos extenso». Una vez reuniéronse *Valery* y *Alain*, el autor y el comentador. A esta feliz coincidencia se debe el más bello retrato de *Valery*. «Lo comparo a un león de piedra—escribía *Alain*—Este hombre pequeño tenía un rostro temible por la atención y el desprecio, también por una alegría de buena ley digna de reparo y por una potencia de expresión trágica incomparable. No conozco máscara que sorprenda hasta ese punto. Hay un anhelo de amistad en esta expresión y una ausencia (como él dice) o una distracción (como se dice) pavorosa, por debajo de una caja cuadrada de combinaciones en la que duerme todo el lenguaje. Los grandes ojos brillantes, como diamantes, rehuyen los objetos pequeños y se igualan al universo a los que son tangentes por su curvatura; ven de lejos y ven relaciones. Las cejas amenazan liberarse. Tiene un aspecto como de indignación este rostro en el que parece fijado un metro y una rima delante de sí. Esta mirada tiene siempre el poema bajo su mando y no permite digresiones. Esta disciplina suena por todas partes en la *Parque*. Disciplina de furor y de certeza que este rostro expresa absolutamente...»

He aquí un modelo del estilo de *Alain* y es este estilo el que sin embargo quisiera definir *Maurois*. Es preciso decir por anticipado que es un estilo de humor, puesto que se interrumpen los cortes librándolo de vulgaridad y de pedantismo. Deliberadamente *Alain*, cuanto es posible, suprime las ligaciones, que según su doctrina es una condición de la poesía en la prosa, puesto que hace falta una manera física de expresar cerca de las cosas, que el pensamiento no explica, «Volver a otro objeto es vulgar: volver a la sabiduría del autor es pedante». Cuando economiza transiciones, porque hace falta, aún de repente, es preciso que sean evidentes, casi ofensivas. Mas ved un pasaje que está aquí bien colocado, escribe, o bien: «Pero antes de hablar del cortesano, quiero decir alguna cosa del militar: esto vale al: «He aquí porqué», de *Balzac*. Así el arquitecto, en lugar de tratar de disimular las necesidades del edificio las subraya, *Alain* se satisface también al anunciar según la moda sibilina, lo que va a venir: «Pero de esto más tarde» o: «Esta idea aparecerá a su tiempo» Astucia de cuentista según *Maurois*.

Este estilo es voluntariamente duro. El propósito de escribir de un tirón con palabras traídas al azar, llegadas de un movimiento rápido, imprevisible y sobre las cuales el lector pone la mira. De aquí algunas dificultades; pero bien hechas con seguridad. El balanceo de las frases; el choque despierta; lo improbable es siempre más verdadero que lo probable. El vocabulario es sencillo. Nada de esas palabras cultas, mal forjadas, sin tradición, que han elevado barreras entre algunos filósofos del género humano. *Alain* ama la lengua y ningún escritor de este tiempo, fuera quizás de Claudel y *Valery*.

no ha sacado partido de las ricas enseñanzas que contiene. El lenguaje es para él un gran objeto de meditación. Con Auguste Conte, no se cansa de admirar la profunda antigüedad de la palabra *corazón*, que designa a la vez el amor y el valor. Porque si no hay verdadero coraje sin amor, el hombre cegado por el odio no puede ser el mejor guerrero; por donde ya aparece el espíritu caballeresco.

Casi todo el diccionario se ilumina de esta luz poética. La palabra *necesario* designa lo que es inevitable, pero también lo que es preciso hacer; ¿se puede enseñar mejor hasta qué punto la necesidad nos incita? «Se dice un espíritu *justo* y no se puede decir sin que entre en juego la justicia... Se dice también un espíritu *recto*...» Imprudente quien quisiera entonces separar de su pensamiento la *recta* de los gémetras y la mano *derecha*. Sobre el doble sentido de la palabra *gracia*, se puede construir un sistema de bellas artes. Que *tocar* a alguno significa a la vez entrar en contacto con su carne y con su corazón, ayuda a comprender la piedad, el perdón, y viene entonces a la memoria que las suplicantes de Homero tocaban las rodillas del héroe o del dios. Que *cortesana* sea el femenino de cortesano y se aplica a una mujer que se prostituye; he aquí que desnuda a la vez la esclavitud de la mujer y de la Corte. Que una *irritación* pueda ser lo mismo un reflejo del cuerpo que una cólera del alma, muestra el origen de la cólera y nos enseña a buscar en la gimnasia de los músculos el remedio a nuestros furros. Tal se glorifica de amar *apasionadamente*; es aceptar grandes sufrimientos, porque existe también la *pasión* de Cristo y el pueblo dice: «Sufrir muerte y *pasión*». Pero los ejemplos se ofrecen muy numerosos. Es que la lengua guarda vestigios de todas las etapas del hombre. «Tal es el interior del estilo y este es el estilo».

El maestro

El maestro de *Alain*, en el liceo *Michelet* fué *Lagneau*. «Mi gran *Lagneau*, el solo *Dios*, a decir verdad, que yo he reconocido». «Conocí a un pensador, lo admiré y decidí imitarlo». Sus investigaciones sobre los sentidos: la vista, el tacto, el oído le abrieron un mundo. Aprendió a pensar sobre el objeto, que es el solo objeto del pensamiento. Supo que el mundo de las cosas, es también un acto del pensamiento. Así al interrogar a la distancia—elemento del espacio—comprendió que no era más que pensamiento: «no existe, no es más que relaciones de las cosas a mí y de las cosas a las cosas». Así este brillante espacio que parece la vestidura de las cosas, lo he reconocido variable, construido, recorrido, trazado, profundizado, no teniendo más ser que por el juicio; cada vez supuesto, evaluado. afirmado; peligrando a cada momento por inadvertencia.

«El pensamiento es la medida» formulaba *Lagneau*. Porque la medida es como el tejido del mundo, y, justamente, por la medida el mundo deja de depender de mí. El pensamiento me lanza pues fuera de mí. No es subjetivo, no es mío más que en tanto establece la relación de mis medidas a mi puesto de hombre, lo que es toda-

vía percibir un objeto en el mundo. Y las mismas pasiones no son perturbadoras más que por relación con la verdad de las cosas y las situaciones cuando la ilusión y el error son juzgados.

Bajo la disciplina de *Lagneau* que era un rudo maestro, empezó *Alain* a formarse alguna idea de los grandes autores.

Hemos dicho que *Alain* aprendió de su maestro a pensar sobre las cosas. La barra de tiza, el tintero, el escritorio fueron los ejemplos interrogados sin cesar de donde brotaba una filosofía. Durante todo el año sólo se leía y comentaban dos autores: Platón y Spinoza. A veces de Júpiter envuelto en nubes descendía, sobre la clase, un oráculo; «No hay conocimientos subjetivos»; «La sensación es una abstracción». Estas fórmulas oscuras de donde partía *Alain* daban para reflexionar durante cien años a los jóvenes del liceo *Michelet*. *Clarum per obscurius*. Se inició de maestro en *Pontivy* y después en *Lorient*, procurando salir airoso en estos comienzos difíciles.

André Maurois conoció por primera vez a *Alain* en la clase de filosofía del Instituto de *Rouen*. *Alain* era un hombre joven, vigoroso, misterioso y alegre que al empezar el curso escribió en griego en el encerado esta sentencia: «Es preciso ir hacia la verdad con toda el alma». Día en el que para *Maurois* cambió la visión del mundo.

Del aula provinciana *Alain* saltó a París donde muy pronto ocupó la cátedra de filosofía del liceo de Enrique IV, que es el más alto puesto de la enseñanza secundaria francesa. Explicaba también al mismo tiempo a Platón en el colegio femenino de *Sévigné*. Decía que los «diálogos» tienen el privilegio de ser poco leídos, mal comprendidos y muy alabados.

No admitía en sus clases las preguntas, ni las discusiones, ni otras formas expresivas de la pereza, como la exposición hecha por cada alumno. Le hizo ver la experiencia que las lecciones seguidas con trabajo y comprendidas con gran esfuerzo, son las que iluminan mejor el espíritu de cada uno. Los auditorios de aquí y de allí se daban cuenta rápidamente, y los buenos habladores o las bellas parladoras, apartábanse en seguida. Algunas veces se iban para siempre; se reducía a borrar un nombre. Hubo también algunas resistencias pasivas, y sobre todo en la clase de los jóvenes cierto arte de pensar en otra cosa, con el ojo alerta para lo que les interesaba a cada uno de ellas. Toda enseñanza adolece de las faltas de atención. Había en cambio algunos heroicos que absorbían todo. En estas clases no hay costumbre de ayudar a los discípulos; ellos se salvan si pueden.

El prestigio de *Alain* como profesor de filosofía, iba en aumento. No olvidemos el silencio de la guerra europea en la que fué militar el filósofo *Alain*. Pasado los días bélicos, *Alain* acabó por tener en el aula del colegio de *Sévigné*, un auditorio de estudiantes, «estudiantes», discípulos desconocidos y gente de mundo curiosa. Se extendía su fama de maestro. Después de los años de asistencia escasa, llegó el número y un silencio de alta calidad. Ese silencio que inspiran las ideas y la austeridad del filósofo. Los trataba como a hombres, les llamaba los elefantes de Pirro. Hablaba con ellos como

consigo mismo. Le decían a *Alain*, el Hombre. No hacía preguntas. No tenía piedad y ellos no solicitaban piedad. Estaban castigados al abandono, como conviene a los hombres.

André Maurois nos cuenta que *Alain* cambiaba a menudo de método. Cuando lo descubrió en el liceo de *Rouen* su curso seguía el programa; pero el análisis de los ejemplos precedía siempre a la abstracción que una historia traía a escena. La sirvienta del rabi, el sargento de la Colonia, el pato del labrador, la escudilla de *Montaigne*, le siguieron y sirvieron a *Maurois* toda su vida. Más tarde, hacía leer en clase y en voz alta páginas de Homero, de *Balzac*. Todo buen texto, puede ocultar filosofía: «Volver a encontrar todo el pensamiento en cada uno de nuestros pensamientos». Es todavía una fórmula de *Lagneau*. Dice *Maurois* que leyendo la «Historia de mis pensamientos» aprendió que las improvisaciones cotidianas de *Alain* y estos juegos de acrobacia agotaban al maestro hasta el punto de sentirse enfermo y de que se moría». «No lo hubiese creído, ni ninguno de nosotros; parecía que jugaba». «Las proximidades de la guerra—escribió *Alain*—, el número de alumnos, y, la dificultad de las cuestiones, me habían traído a un estado miserable, donde casi todos los obscureceres enviaba mi dimisión con el pensamiento, forjando siempre al siguiente día una esperanza para la jornada».

Alain como profesor, fué víctima de las rivalidades entre la enseñanza secundaria y la enseñanza superior. No se dió por aludido, aunque tuvo la franqueza de confesar que en las dos se hubiera desenvuelto de igual modo; pero que no la pudo ensayar en la Universidad.

Entendía él que la diferencia no sólo era de forma, como la crítica de textos y revisión de interpretaciones, sino más profunda. La enseñanza superior correspondía a la edad madura de nuestro pensamiento; hace la recolección y aecha el trigo. Nosotros sembramos. Mis alumnos llegaban justamente a la edad en que no se separa poesía y pensamiento y donde se aplican con todo el corazón a los enigmas sonoros «*Le Coup de des*» de Mallarmé, es uno de nuestros enigmas extremos. *Lagneau* le había hecho venerable su *Clarum per obscurius*; así en cierto sentido yo desdenaba ser claro. Recuerda que un joven compañero, discípulo también de *Lagneau*, al encontrarle después de muchos años le dijo; «no te creas obligado a ser oscuro». Hay que pensar que le respondió tumultuosamente. Pero en fin ¿qué tenía que contestarle?

Alain no tenía formado buen juicio de la palabra humana, ni de las discusiones, ni de la conversación. Pero, sobre todo, le parecía imposible a la edad escolar que un muchaco o una joven lograra un éxito en la oratoria sin una parte de comedia; prefería entonces no ser testigo; y por último era un testigo molesto. El tema escrito va más directo: el escrito no tiene que tener en cuenta el público. Sobre todo *Alain* fué siempre discreto, ya fuese para censurar o para elogiar; supo mejor alabar que criticar. Jamás preguntaba y huía siempre con horror de conversaciones confesionales. Por estas cualidades, guardadas con severidad, cortaba de golpe las confidencias

y recibía de tiempo en tiempo. en treinta o cuarenta páginas un verdadero y noble pensamiento. La dialéctica no es nada sin el mundo. El razonamiento no es nada sin las percepciones. «La paloma ligera, dice Kant, puede creer que volaría aun mejor en el vacío: por lo tanto ella no avanza más a pesar de sus esfuerzos». Se multiplicaban en su clase estos ejemplos que conducen el espíritu a lo concreto y a leer en voz alta los poetas quienes, por la metáfora, remueven las cosas en el discurso. Antes de argumentar sobre las relaciones del espíritu y de la naturaleza, le agradaba considerar el Arco Iris de Descartes: «Porque nada es más elocuente en el mundo que este círculo de colores, nada menos atendido, nada que nos parezca mejor en esta naturaleza trastornada. Los vientos no agitan este maravilloso círculo; es, según el espíritu; y es naturaleza. ¡Qué signo de alianza!»

«El espíritu—decía otra vez—no es una hipótesis en el aire. Es la función propia del hombre.»

Los últimos años de enseñanza en *Sévigné* inició *Alain* un curso de materias libres dedicado a los estudiantes de ambos sexos. No encontró público. Algunas damas elegantes y algunos jóvenes y muchachas que él conocía. «Este desierto—dice—me hizo profeta». Hablaba en aquella soledad sin ninguna nota, sin preparación, después de algunas «divisiones» escritas en el encerado. Creo que sentía un poco de humor ante aquellos bancos vacíos y transmitía mi confianza valerosa; de pasada, al auditorio. Afirmaba *Alain* que habían sido sus mejores lecciones sobre Platón, sobre Descartes y sobre algunos problemas de apariencia abstracta. En revancha delante del público superabundante de los martes, no enseñaba apenas nada. Una frivolidad elevábase del número y de la diversidad de personas. Se limitaba *Alain* a poner en orden lo que ya sabía.

El maestro explicó tres cursos sobre Hegel, alrededor de los años de 1920 a 1930, bastante amplios porque ocupaban todos los sábados. En el primero no hizo más que delinear la tabla de materia de esta inmensa filosofía. Al siguiente, adelantó un poco más. Sin embargo la masa de alumnos aumentaba de año en año. El tercer curso sobre Hegel, lo recordaba muy bien, tuvo lugar en la gran sala de dibujo geométrico. Había setenta y cinco alumnos de la clase, mas un buen número de normalistas, entre los cuales se introducían algunos aficionados. *Alain* paseábase por el pasillo central mientras hacía leer algunas páginas elegidas desde luego entre las más oscuras, las comentaba sin aclararlas mucho: pero al menos interpretaba el fondo de ellas en busca siempre de alguna resonancia con nuestros propios pensamientos. Y hacía notar que nuestros propios pensamientos son naturalmente oscuros para que Hegel el más osado, sea todavía claro a nuestro lado. La juventud encontraba ciertamente lo que encontraba, es decir, una clase de poema del espíritu. Era según *Alain* casi lo contrario de un curso sobre Kant; pero no se preocupaba de estas aparentes contradicciones. «Yo seguía mi regla que es la de no hacer más objeciones, y tomar a mi autor como un hecho humano considerable».

No sólo dedicaba sus desvelos el profesor, a Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Comte, Kant y Hegel, comentaba a *Stendhal*, *Honorato Balzac*, *Marcel Proust* y *Paul Valery* a quienes dedicó amplias exégesis. Sin duda el filósofo era también poeta, un verdadero artista, como lo prueba su libro «Sistema sobre las bellas artes». Aseguraba que las obras literarias eran motivo de filosofar. En este solo aspecto pudiéramos compararlo con Ortega y Gasset; ambos tienen un no se qué de seducción. Se les llenaban las aulas de alumnos y de mujeres y sus enseñanzas han ejercido influencia en la juventud. Sin duda *Alain* como Sócrates, emanaba algún efluvio espiritual, una especie de mágica irradiación seductora que hacía presa en el auditorio.

Algunas enfermedades y achaques de la edad, detuvieron su carrera de orador. Se contentó, sin embargo, con escribir y se encontraba bien.

Dice *Maurois* que el filósofo de profesión, era un sabio que triunfó siempre en cuanto enseñaba. De aquí su prestigio a los ojos de los discípulos que jamás engañó ni decepcionó. No es que en su vida no tuviera reveses. Debíó oponerse, más de una vez, a Leviathan y este gran animal sin cabeza le hizo sentir su cólera.

Sufriendo en la vejez, alifafes adquiridos en la guerra, soportaba con su constante buen humor una vida de recluso y de tullido. Sentado en su mesa, en una casita del arrabal de París, releía los maestros que admiraba y le placían todavía sus bellezas. Aceptaba alegremente una vejez difícil: mejor aún, la amaba; y los jóvenes venían a su lado en busca de lecciones de felicidad. «De esta felicidad es preciso pedirle el secreto».

El secreto no es otro que la voluntad de ser feliz. *Alain* es ante todo una voluntad. Con Descartes, participaba este animoso caballero en cortar con el juicio los nudos de las pasiones. *Alain* decidió ser feliz. Es verdad: *Alain* quiso ser optimista, porque la condición humana es (de no darse a sí mismo como norma general un optimismo invencible) la de sentir el más negro pesimismo que estará justificado. «Quien sabe a la vez dudar y creer, dudar y obrar, dudar y querer está salvado». «Sócrates no ha muerto, está sentado en su mesita del arrabal; radical hasta los cabellos blancos; fiero de ser».

Maurois siente veneración por su profesor de Instituto. Confiesa al escribir sobre él, que estaría bien pagado de sus trabajos si pudiera inspirar al lector el deseo de visitar los ricos vergeles de donde cogió esta cesta florida y de estudiar él mismo una gran obra que antes de cien años, lo asegura, figurará en la historia literaria de nuestro tiempo lo mismo que *Montaigne* está en el suyo, ¿De los escritores de este siglo, quién durará? Se pregunta. «De la mayor parte no osaría responder». «Pero yo estoy seguro y no pido para mí otra gloria, entre nuestros descendientes, que haber anunciado la suya».

La ví sobre el río

La ví sobre el río lavando la noche
contornos de noche durmiente en las algas,
tenía la angustia latiendo en su seno
el fondo profundo de la madrugada.

La ví sobre el río lavando la niebla,
la niebla que vive de su misma baba
como una promesa de carne en las manos
por sombras de gentes, recuerdos de lágrimas.

La ví sobre el río lavando la estrella
que ausente de todo nadaba en el agua
perdida entre un bosque de peces que tiemblan,
hondo desvelado de intranquila lámpara.

La ví sobre el río lavando al otoño
y el gris del otoño le daba en la cara,
desnuda y silvestre, ceñida a memoria,
confundidamente dormida y lejana.

La ví sobre el río lavando la ropa
después sobre yerbas acostar el alba;
esperaba eterno tendido silencio
hecho mano sola que descansa lánguida.

Después fué tendiendo sobre yerba tierna
la ropa de nieve, clarísima y casta,
sudario del día, sandalias de luna
con el paso leve de las luces pálidas.

Yo también hoy pongo—que lave con llanto—
a secar las penas y a tender el alma,
como lavandera que al sol va dejando,
abierta a los vientos, su ropita blanca.